

Un perro de flores

El pasado viernes asistí a una boda en Bilbao. Llegué pronto y me senté en buen sitio. El cura, que tenía muchos apellidos vascos, se había enfadado, con inusitada violencia, por la tardanza de los contrayentes, pero luego había neutralizado nuestro estupor con chanzas muy brillantes. También fue muy brillante una frase suya que decía algo así como que el ser humano tiene una dignidad infinita, haga lo que haga: el peor de los hombres tiene una condición divina y por ello merece infinito respeto. Después de la boda hubo banquete y baile. Casi todos allí eran inmigrantes extremeños y andaluces, que supieron bailar y cantar, y sentir, en euskera, las últimas canciones de la fiesta. Yo mismo aporté mis manos madrileñas para formar un círculo humano, muy humano, en torno a los recién casados, y fui capaz de emocionarme con una preciosa balada cantada en esa lengua prerrománica. Al final de la noche una madre de familia, adorable, casi achuchable, como un osito de peluche, dijo que el problema vasco tenía una solución muy sencilla: pena de muerte, a todos: a los asesinos, a sus colaboradores, a los de EH y hasta a algunos del PNV, empezando por el Arzalluz, que era el peor de todos, el más vil y cobarde, porque jugaba hipócritamente en los dos bandos. Una chica de quince años, morenaza, tatuada de acné, le recordó a la señora (que al parecer iba a misa todos los días) ese mandamiento del “no matarás”. La señora replicó que aquella gente tenía el diablo dentro. La adolescente, colorada como un tomate, contraatacó postulando que para los etarras sus víctimas también llevan el diablo dentro, y el ama de casa concluyó diciendo que el mal es el mal y el bien es el bien, “y ahí no cabe discusión, hija mía, que tú aún eres muy niña y tienes el alma llena de flores frescas.”

A la mañana siguiente visité el Guggenheim. Me quedé mucho tiempo mirando el gigantesco perro de flores frescas que custodia su entrada: heterodoxo, insólito, complejo, multicultural, moderno, tranquilo, cubierto de vida. Me pareció un buen símbolo para un País Vasco del Siglo XXI: para una sociedad multicultural, abierta, llena de dudas sobre sí misma, y de jóvenes que tengan el alma llena de flores frescas.

¡Basta ya! ¡Por favor!